

EL DUENDECILLO FRAILE

Al quedarse huérfanas
las tres hermanitas,
amasando panes
se ganan la vida.

Todas las mañanas
al romper el día,
ya estaban las tres
cirniendo la harina.

De tanto trabajo
caían rendidas.
¡Cuánto trabajaban
las tres hermanitas!

Mas, con gran sorpresa,
toda concluída
hallan su tarea
cierta mañanita.

Alguien que se oculta
amasó la harina
y se la hizo panes
pero ¿quién sería?

Y como siguiera
esta maravilla
quedaron en vela
mirando escondidas.

Un duende chiquito

que de fraile iba,
viejo y roto el hábito,
se ofreció a su vista.

Era el que en silencio
su trabajo hacía
¡Pero qué gastada
tiene la ropita!

Un hábito nuevo
le hicieron las niñas
y se lo colgaron
allá en la cocina.

Llegó el duendecillo
como ya solía,
endosóse el hábito
y habló de esta guisa:

«Con hábito nuevo,
frailecito, niñas,
no quiere amasijo
ni panadería».

Hizo la del humo,
que se va en seguida,
y no han vuelto a verlo
las tres hermanitas.

JOSE MARIA GABRIEL Y GALAN

DOS POESIAS Y UNA NARRACION

[EL AMA

DISPARATE

EL EMBARGO]

AÑO 1954

QUIERO que lloren, con lágrimas fugitivas y suaves, como yo he llorado, una y cuantas veces posé los ojos en esos versos de *El Ama*... Pintura de las esposas bíblicas, y que con sus pelos y señales reconozco en las dueñas de nuestras alquerías salmantinas; versos por donde corre el raudal de los sentimientos tiernos y candorosos, de los afectos puros y naturales, y donde se sienten las delicias inefables de la paz y de la fe, y se goza el orden sosegado, fruto del honrar a los padres, a los amos y personas mayores.

FR. TOMAS, Obispo de Salamanca.

EN los campos castellanos, áridos y monótonos para los que no saben ver su belleza, nos muestra Galán mundos enteros de poesía... Los pensamientos de las poesías de Galán son vulgares; su originalidad no depende de lo que en ellos se dice, sino de la manera individual y suya con que el autor nos presenta sus ideas.

FRANCISCO F. VILLEGAS (*Zeda*).

¿NI qué otra tumba más gloriosa podrá tener el cuerpo del poeta que aquella misma tierra extremeña de donde hiciera brotar, entre tantas otras, las tres poesías que he nombrado (*El Cristu Benditu*, *El Embargo* y *Cara al cielo*) gloria de la moderna musa española, y que figurarán como ejemplares de este principio de siglo en futuras antologías clásicas?

JUAN MARAGALL.

LA impresión que producen los versos de Gabriel y Galán es, en ocasiones, no diré estar *viviendo*, sino estar *contemplando* la naturaleza castellana. Absoluta es la penetración de su Musa y de la tierra, no en sentido material, en otro más alto... Ningún poeta mejor que Gabriel y Galán ha libertado a su alada Musa de la pesadumbre y carga enojosa de ideas políticas concretas; nadie menos que él se afilió a banderías, porque no es ser banderizo, sino meramente ser de su tierra y de su patria, cantar esa fe de roca y esa esperanza de diamante en que están cimentados los versos de Gabriel y Galán.

EMILIA PARDO BAZAN.

EL AMA

I

Yo aprendí en el hogar en que se funda
la dicha más perfecta,
y para hacerla mía
quise yo ser como mi padre era
y busqué una mujer como mi madre
entre las hijas de mi hidalga tierra.
Y fui como mi padre, y fué mi esposa
viviente imagen de la madre muerta.
¡Un milagro de Dios, que ver me hizo
otra mujer como la santa aquella!

Compartían mis únicos amores
la amante compañera,
la patria idolatrada,
la casa solariega,
con la heredada historia,
con la heredada hacienda.
¡Qué buena era la esposa
y qué feraz mi tierra!
¡Qué alegre era mi casa
y qué sana mi hacienda,
y con qué solidez estaba unida
la tradición de la honradez a ella!

Una sencilla labradora, humilde,
hija de oscura castellana aldea;
una mujer trabajadora, honrada,
cristiana, amable, cariñosa y seria,
trocó mi casa en adorable idilio
que no pudo soñar ningún poeta.

¡Oh, cómo se suaviza
el penoso trajín de las faenas
cuando hay amor en casa
y con él mucho pan se amasa en ella
para los pobres que a su sombra viven,
para los pobres que por ella bregan!
¡Y cuánto lo agradecen, sin decirlo,
y cuánto por la casa se interesan,
y cómo ellos la cuidan
y cómo Dios la aumenta!

Todo lo pudo la mujer cristiana,
logrólo todo la mujer discreta.

La vida en la alquería
giraba en torno de ella
pacífica y amable,
monótona y serena...

¡Y cómo la alegría y el trabajo
donde está la virtud se compenetran!

Lavando en el regato cristalino
cantaban las mozuelas,
y cantaba en los valles el vaquero,
y cantaban los mozos en las tierras,
y el aguador camino de la fuente,
y el cabrerillo en la pelada cuesta...

¡Y yo también cantaba,
que ella y el campo hicieronme poeta!

Cantaba el equilibrio
de aquel alma serena
como los anchos cielos,
como los campos de mi amada tierra;
y cantaba también aquellos campos,
los de las pardas, onduladas cuestras,
los de los mares de enceradas mieses,
los de las mudas perspectivas serias,
los de las castas soledades hondas,
los de las grises lontananzas muertas...

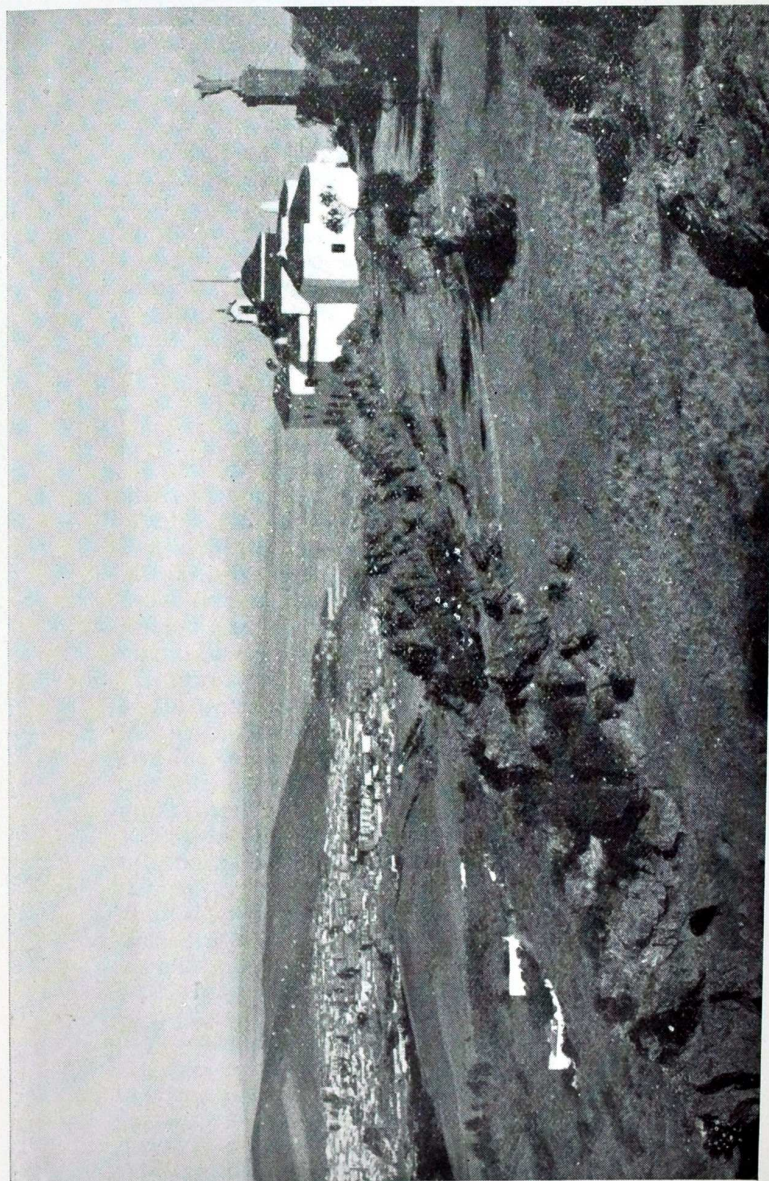
El alma se empapaba
en la solemne clásica grandeza
que llenaba los ámbitos abiertos
del cielo y de la tierra.

¡Qué plácido el ambiente,
qué tranquilo el paisaje, qué serena
la atmósfera azulada se extendía
por sobre el haz de la llanura inmensa!

La brisa de la tarde
meneaba amorosa, la alameda,
los zarzales floridos del cercado,
los guindos de la vega,
las mieses de la hoja,
la copa verde de la encina vieja...

¡Monorrítmica música del llano,
qué grato tu sonar, qué dulce era!

La gaita del pastor en la colina
lloraba las tonadas de la tierra,
cargadas de dulzuras,
cargadas de monótonas tristezas,
y dentro del sentido
caían las cadencias



ALBUM EXTREMEÑO. - Santuario de la Virgen de la Montaña y vista panorámica de Cáceres, al fondo. (Foto Javier)

como doradas gotas
de dulce miel que del panal fluyeran.

La vida era solemne;
puro y sereno el pensamiento era;
sosegado el sentir, como las brisas;
mudo y fuerte el amor, mansas las penas,
austeros los placeres,
raigadas las creencias,
sabroso el pan, reparador el sueño,
fácil el bien y pura la conciencia.

¡Qué deseos el alma
tenía de ser buena,
y cómo se llenaba de ternura
cuando Dios le decía que lo era!

II

Pero bien se conoce
que ya no vive ella;
el corazón, la vida de la casa
que alegraba el trajín de las tareas,
la mano bienhechora
que con las sales de enseñanzas buenas
amasó tanto pan para los pobres
que regaban, sudando, nuestra hacienda.

¡La vida en la alquería
se tiñó para siempre de tristeza!

Ya no alegran los mozos la besana
con las dulces tonadas de la tierra,
que al paso perezoso de las yuntas
ajustaban sus lánguidas cadencias.

Mudos de casa salen,
mudos pasan el día en sus faenas,
tristes y mudos vuelven
y sin decirse una palabra cenan;
que está el aire de casa
cargado de tristeza,
y palabras y ruidos importunan
la rumia sosegada de las penas.

Y rezamos reunidos el Rosario
sin decirnos por quién... pero es por ella,
que aunque ya no su voz a orar nos llama,
su recuerdo querido nos congrega,
y nos pone el Rosario entre los dedos
y las santas plegarias en la lengua.

¡Qué días y qué noches!
¡Con cuánta lentitud las horas ruedan

por encima del alma que está sola
llorando en las tinieblas!

Las sales de mis lágrimas amargan
el pan que me alimenta;
me cansa el movimiento,
me pesan las faenas,
la casa me entristece
y he perdido el cariño de la hacienda.

¡Qué me importan los bienes
si he perdido mi dulce compañera!

¡Qué compasión me tienen mis criados
que ayer me vieron con el alma llena
de alegrías sin fin que rebosaban
y tuyas también eran!

Hasta el hosco pastor de mis ganados,
que ha medido la hondura de mi pena,
si llego a su majada
baja los ojos y ni hablar quisiera;
y dice al despedirme: —«Animo, amo;
haiga mucho valor y *haiga* pacencia...»
Y le tiembla la voz cuando lo dice,
y se enjuga una lágrima sincera,
que en la manga de la áspera zamarra
temblando se le queda...

¡Me ahogan estas cosas,
me matan de dolor estas escenas!

¡Que me anime, pretende, y él no sabe
que de su choza en la techumbre negra
le he visto yo escondida
la dulce gaita aquella

que cargaba el sentido de dulzuras
y llenaba los aires de cadencias!...

¿Por qué ya no la toca?
¿Por qué los campos su tañer no alegra?

Y el atrevido vaquerillo sano
que amaba a una mozuela
de aquellas que trajinan en la casa,
¿por qué no ha vuelto a verla?

¿Por qué no canta en los tranquilos valles?

¿Por qué no silba con la misma fuerza?

¿Por qué no quiere restallar la honda?

¿Por qué está muda la habladora lengua

que al amo le contaba sus sentires
cuando el amo le daba su licencia?

—«¡El ama era una santa!...»

me dicen todos cuando me hablan de ella.

«¡Santa, santa!»—me ha dicho
el viejo señor cura de la aldea,

aqué! que le pedía
las limosnas secretas
que de tantos hogares ahuyentaban
las hambres, y los fríos, y las penas.

¡Por eso los mendigos
que llegan a mi puerta
llorando se descubren
y un Padrenuestro por el *ama* rezan!

El velo del dolor me ha obscurecido
la luz de la belleza.

Ya no saben hundirse mis pupilas
en la visión serena
de los espacios hondos,
puros y azules, de extensión inmensa.

Ya no sé traducir la poesía,
ni del alma en la médula me entra
la intensa melodía del silencio
que en la llanura quieta
parece que descansa,
parece que se acuesta.

Será puro el ambiente, como antes,
y la atmósfera azul será serena,
y la brisa amorosa
moverá con sus alas la alameda,
los zarzales floridos,
los guindos de la vega,
las mieses de la hoja,
la copa verde de la encina vieja...

Y mugirán los tristes becerrillos,
lamentando el destete, en la pradera,
y la de alegres recentales dulces,
tropa gentil, escalará la cuesta
balando plañideros

al pie de las dulcísimas ovejas;
y cantará en el monte la abubilla,
y en los aires la alondra mañanera
seguirá derritiéndose en gorjeos,
musical filigrana de su lengua...

Y la vida solemne de los mundos
seguirá su carrera
monótona, inmutable,
magnífica, serena...

Mas ¿qué me importa todo,
si el vivir de los mundos no me alegra
ni el ambiente me baña en bienestares,
ni las brisas a música me suenan,
ni el cantar de los pájaros del monte
estimula mi lengua,

ni me mueve a ambición la perspectiva
de la abundante próxima cosecha,
ni el vigor de mis bueyes me envanece,
ni el paso del caballo me recrea,
ni me embriaga el olor de las majadas,
ni con vértigos dulces me deleitan
el perfume del heno que madura
y el perfume del trigo que se encera?

Resbala sobre mí sin agitarme
la dulce poesía en que se imgregnan
la llanura sin fin, toda quietudes,
y el magnífico cielo, todo estrellas,
y ya mover no pueden
mi alma de poeta,
ni las de mayo auroras nacarinas
con húmedos vapores en las vegas,
con cánticos de alondra y con efluvios
de rociadas frescas,
ni estos de otoño atardeceres dulces
de manso resbalar, pura tristeza
de la luz que se muere
y el paisaje borroso que se queja...
ni las noches románticas de julio,
magníficas, espléndidas,
cargadas de silencios rumorosos
y de sanos perfumes de las eras;
noches para el amor, para la rumia
de las grandes ideas,
que a la lumbre al llegar de las alturas
se hermanan y se besan...

¡Cómo tendré yo el alma
que resbala sobre ella
la dulce poesía de mis campos
como el agua resbala por la piedra!
Vuestra paz era imagen de mi vida
¡oh, campos de mi tierra!

Pero la vida se me puso triste
y su imagen de ahora ya no es ésa:
en mi casa, es el frío de mi alcoba,
es el llanto vertido en sus tinieblas;
en el campo, es el árido camino
del barbecho sin fin que amarillea.

.....
Pero yo ya sé hablar como mi madre
y digo como ella
cuando la vida se le puso triste:
«¡Dios lo ha querido así! ¡Bendito sea!»

DISPARATE

LA vaca, que estaba echada, dió un inmenso resoplido quejumbroso, y el chotillo nació sobre la escarcha del valle.

Eran las cinco de una mañana de enero crudo; una mañana cruel para los hombres, para los brutos, para los árboles... Todo mudo, todo helado, todo blanco. Se condensaba el aliento; el ambiente hería la piel.

La vaca se levantó de repente y olfateó con avidez el informe saquillo membranoso que yacía inmóvil sobre la sábana de hielo. Lamió, lamió con codicia, con prisa, con ahinco, con ansia de calentura. Se estremecía, y no de frío; y con los ojos muy abiertos, relucientes, codiciosos, seguía lamiendo, lamiendo, prestando con el cálido aliento que salía como dos columnas de humo por las narices húmedas y dilatadas, calor suave, calor de madre, calor de fiebre creadora, calor de vida.

Y delante de la tibia lengua áspera, cual si ésta fuera cincel de artista sublime, fué surgiendo, fué surgiendo poco a poco la hermosísima cabeza de un becerrillo tembloroso, húmedo y bello, no de bronce, no de mármol, como obra fría del Arte, sino de carne palpitante, de sangre caliente, un pedazo de naturaleza viva para moverse en el mundo y alegrarlo...

Y surgió el animalillo enteramente a la vida, limpio, precioso, echado sobre la helada como estatuilla de oro sobre mármol, despertando en mi memoria vagas remembranzas bíblicas de los tiempos de las locas idolatrías...

Me acerqué sugestionado. Vióme la vaca, y ante el supuesto peligro, se encampanó embrabecida. Tembló, gimió sordamente, clavó los ojos de acero en su ídolo, después en mí, luego otra vez en el choto. Inició la acometida y se detuvo, mirándolo nuevamente. Me hizo, sin palabra, la más acabada historia de rencor en la impotencia. Yo era su odio, que la llamaba provocativo; el hijuelo era su amor, que la estaba deteniendo. No podía dejar al hijo; por eso no me mataba. Y me enseñaba la muerte en las puntas agudísimas de sus astas de marfil, con vetas negras de bruñido azabache reluciente. Pero yo estaba tranquilo. Por entonces ya sabía que el amor siempre es más fuerte que el odio.

Me acerqué más a la bestia enamorada, y vi en sus ojos la calentura magnífica de la triunfante maternidad.

El becerrillo se incorporó trabajosamente. Quería calor, quería vida, quería mamar leche tibia. Anduvo dos o tres pasos, vacilante,

como un ebrio, y cayó al cabo. Tornó a levantarse, volvió a caer, y otra vez se levantó. La madre, a cada caída, se precipitaba sobre él. Lo alentaba, lo lamía, me miraba. Y al cabo, el recién nacido, tembloroso, haciendo equilibrios de borracho, se sostuvo apoyándose en el vientre de la madre. Y alzando la preciosa cabecita, buscó la ubre con el húmedo hociquillo charolado. No podía dar con ella; la buscaba entre las manos de la madre, y apoyado siempre en ésta, siguió andando alrededor y dió por fin con la no aprendida fuente. La vaca, abriendo los pies traseros, se la entregó toda entera, blanca y rosada, inmensa, henchida, pletórica... Y colgada de un pezón al becerrillo, dió tres golpe con el testuz a la ubre y se quedó luego inmóvil, como dormido, recibiendo con deleite el oculto chorro lácteo, caliente y rico, que poco a poco iba haciendo dilatarse los ijares, antes hundidos, de glotoncillo inconsciente...

Sentí ruido hacia el camino. Pasaban dos mujerucas arrebuajadas en mantas viejas y montadas en dos borricos que iban pisando tímidamente el sendero, empanderado por la helada. Las conocí: eran de la aldea. Una de ellas llevaba algo escondido bajo la manta.

—¿Dónde vais a estas horas y con este frío que hace?—las pregunté sin acercarme al camino.

—A llevá esti contrabando a la ciudá, señol—dijeron—; es lo de esa perdía de Luteria, que ha espachao esta mesma noche y mos lo han dao pa lleválo ondi ya tieni quizás otros dos. Y cuidaito si con esti frío que jaci no casca antis de llegá allá el infeliz.

Y sonó un llanto muy débil, que parecía lejano, de sonsonete uniforme, ronquido, con acentos de fatiga...

Me quedé como atontado.

—Pero ¿y la... madre?—dije a voces a las tiucas, que se alejaban.

—Tan campanti, señol; tan campanti que se ha queao sin el engorro de este infeliz—me gritaron ya desde lejos.

No supe donde posar los ojos, y los volví de repente hacia la vaca. No estaba ya donde antes. Iba ya lejos, internándose de prisa en la espesura del monte y mirando al hijo, que trotaba junto a ella contenta, triscador, con el estómago lleno ¡y sin frío!, ¡sin pizca de frío!...

Y entonces fué cuando yo puse en boca del niño que iba llorando este magnífico disparate:

—¡Ay, ay! ¡Quién fuera choto..., quién fuera choto!...

PARA suscribirse a «ALCÁNTARA»

basta con llamar los días laborables al teléfono

n.º 1584, desde las diez a las trece y media horas.

EL EMBARGO

Señol jues, pasi usté más alanti

y que entrin tós escs;

no le dé a usté ansia,

no le dé a usté mieo...

Si venís antiayel a aflagila,

sos tumbo a la puerta. ¡Pero ya s'a muerto!

Embargal, embargal los avíos,

que aquí no hay dinero:

lo he gastao en comías pa ella

y de boticas que no le sirvieron,

y eso que me quea,

porque no me dió tiempo a vendello

ya me está sobrando,

ya me está gediendo.

Embargal esi sachol de pico,

y esas jocis clavás en el techo,

y esa segureja

y esi cachol e liendro...

¡Jerramientas, que nó quedi una!

¿Yo pa qué las quiero?

Si tuviá que ganalo pa ella.

¡cualisquiá me quitaba a mí eso!
 Pero ya no quío vel esi sacho,
 ni esas jocis clavás en el techo,
 ni esa segureja
 ni ese cacho e liendro...

¡Pero a vel, señol jues: cuidiaito
 si alguno de éstos
 es osao de tocali a esa cama
 ondi ella s'amuerto:
 la camita ondi yo la he querío
 cuando dambos estábamos güenos;
 la camita ondi yo la he cuidiao,
 la camita ondi estuvo su cuerpo
 cuatro mesis vivo
 y una nochi muerto!...

¡Señol jues: que nenguno sea osao
 de tocali a esa cama ni un pelo,
 porque aquí lo jinco
 delanti usté mesmo!
 Lleváisoslo todu,
 todu, menos eso,
 que esas mantas tienin
 suól de su cuerpo ..
 iy me güelin, me güelin a ella
 cá vés que las güelo!...

AVE MARIA PURISIMA

AÑO SANTO MARIANO

España y la Inmaculada

EL OBISPO DE PLASENCIA, DON LUIS CRESPI DE BORJA,
 EMBAJADOR DEL REY DE ESPAÑA EN ROMA, PARA PROMÓ-
 VER LA DEFINICION DOGMATICA DE LA INMACULADA



AL era la devoción de España a la Inmaculada, que el Rey Felipe IV envió a Roma hasta doce embajadores extraordinarios, en súplica a S. S. de que se dignara al fin definir el dogma de la Concepción sin mancha de la Santísima Virgen María.

Una de ellas, tal vez la más fecunda y operante, fué la presidida por el teólogo y Obispo de Plasencia, don Luis Crespi de Borja.

En el largo memorial para dar cuenta el Prelado placentino al Papa, figuraba la devoción que sentía el Rey por la Inmaculada; devoción que había heredado de sus reales progenitores, según decía Crespi de Borja, y como lo había probado con los sucesivos embajadores enviados a Roma con idéntica finalidad, aparte del impulso y apoyo decidido que prestaba el Rey a toda campaña o movimiento inmaculatista en nuestra Patria.

Además, alentaban al Obispo de Plasencia, los numerosos memoriales y cartas de casi todos los Prelados y Cabildos de España de que iba provisto.

Alejandro VII, al recibir al embajador placentino Crespi de Borja, no se conformó con vanas promesas: encargó al Obispo de Plasencia que se entendiera con el célebre teólogo cisterciense, P. Racatini, para redactar un proyecto de Bula correspondiente a los piadosos deseos del Rey y de la nación española, de los que era tan activo y diligente portador.

El mismo Pontífice, toma parte personal en la confección de la Bula, con epístolas y notas que declaraban desde el comienzo, sus intenciones de complacer al pueblo español por sus más encendidos afanes marianos en honra y gloria de la Concepción Purísima de la Virgen María. Compuesta la Bula bajo su inspiración, el Papa